

Lectura y conversación

Metáforas sobre la lectura III

por Víctor Moreno*



Tercera entrega de las reflexiones de Víctor Moreno sobre la lectura y, más concretamente, sobre las metáforas que se han utilizado para cantar las virtudes de tal actividad. En este caso, pone en duda que leer a los clásicos pueda ayudarnos a ser más sensatos y racionales, y desmonta una de las imágenes sobre el tema, concretamente la que asocia la lectura de todos los buenos libros a una conversación con los hombres más ilustres de otros siglos que fueron sus autores.



«Retirado en la paz de estos desiertos, con pocos, pero doctos libros, juntos, vivo en conversación con los difuntos y escucho con mis ojos a los muertos». ¹
Francisco de Quevedo

El origen de esta metáfora quevedesca está, como es sabido, en Plinio. Este dijo en latín que «in bibliothecis loquuntur defunctorum immortales animae». Es decir: «En los libros nos hablan las almas de nuestros antepasados». Se trata de una frase con mucha fortuna. Ha sido tantas veces repetida que me pregunto si ese machaconeo textual no será el signo de su fracaso más calamitoso. Porque la frase es de una obviedad helada. Un libro escrito por un antiguo ¿de qué va a hablar? Este detalle plantea un debate tan apasionante como estéril: si las frases más celebradas de la historia lo que celebran no será, quizá, la más descarnada de las obviedades. Claro que ahondar en ellas es muy complicado, porque, en ocasiones, lo más difícil es justificar lo claro.

Los clásicos, esos muertos que ¿nos hablan?

Es lógico que, quienes han recibido una formación libresca, sientan una piadosa inclinación hacia los clásicos. Pero,

una cosa es pasarse las horas huroneando en Platón y, otra muy distinta, derivar de este cortejo la sabiduría esencial de la vida y la humanización absoluta del género humano.

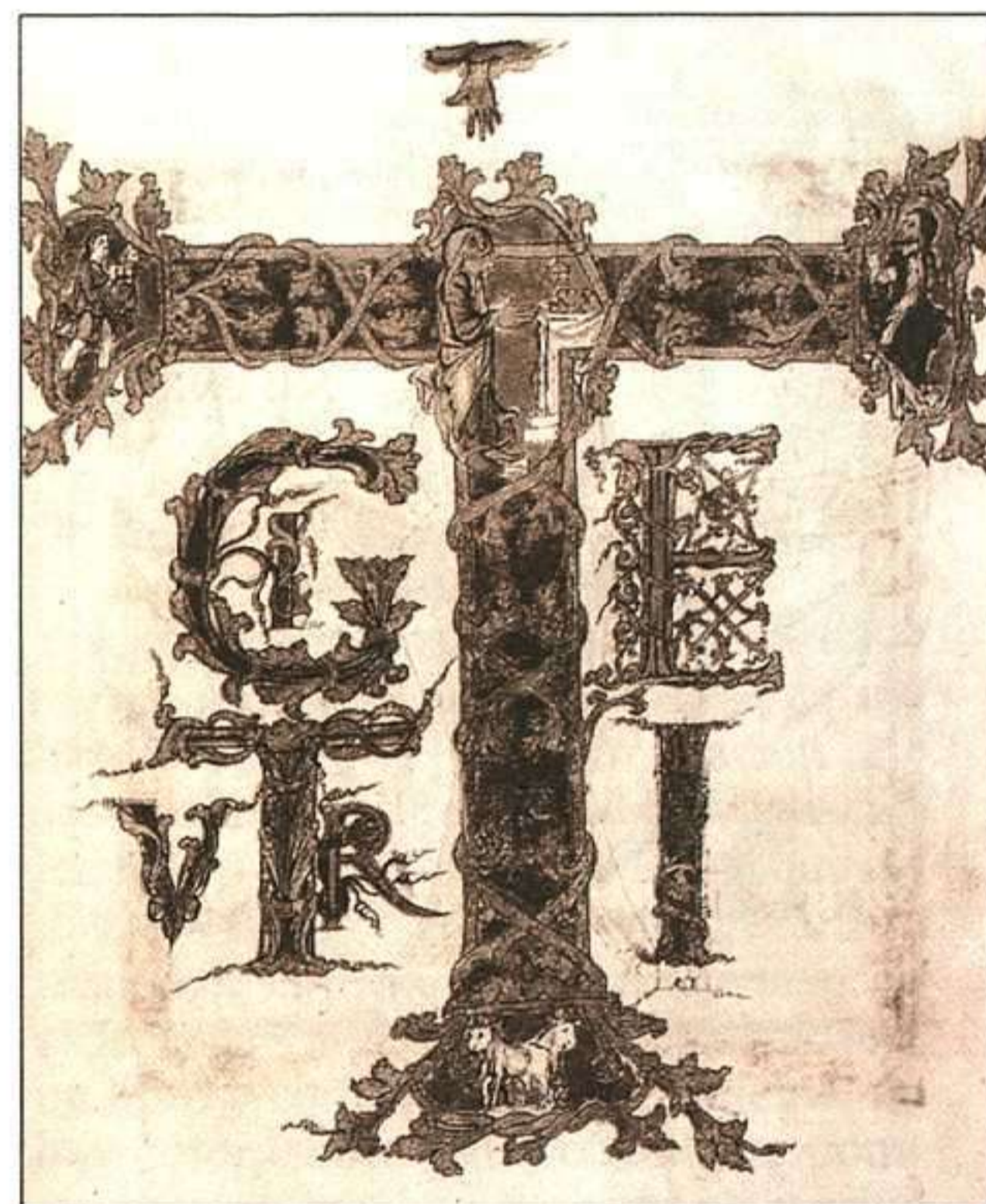
En este sentido, la confianza de Emilio Lledó resulta, es verdad, tan conmovedora como enigmática: «Sin diálogo con el pasado dejaremos de ser hombres» (en *ABC*, 4 de noviembre de 1994), dice el autor de *El silencio de la escritura*. Al releer esta frase, que podemos encontrar en Hegel —ver sus *Escritos pedagógicos*— y en el Juan Mairena de Machado, pienso en algunos seres cercanos con quienes me he relacionado en la vida y que nunca accedieron a paladear un gozoso sintagma de Aristóteles ni de Montaigne. Y me pregunto con cierto congojo en el ánimo: ¿No eran hombres? ¿Eran menos que hombres, como diría Primo Levi? Y yo, ¿era más hombre por mi manifiesta inclinación a leer a Marco Aurelio en lugar de Conan Doyle como hacía mi vecino?

En esa misma línea de críptico pensamiento, aunque mucho más sugerente, se mueve Félix de Azúa, cuando sostiene que: «La única grieta, (...) que todavía nos permite asomarnos al mundo de la verdad verdadera de lo inactual es la voz de los muertos. Atendiendo a esas voces, y aun cuando para nosotros casi todo cuanto dicen es ya casi por completo incomprensible, podemos atisbar algún lejano eco de nuestro origen y de nuestro destino final. Eso y no otra cosa es la lectura. Pero la voz de los antiguos se apaga. Nos estamos alejando de ella a enorme velocidad. Dentro de poco es



posible que ni siquiera sea fácil acceder a ellos». ²

Félix de Azúa en este artículo señala dos tipos de leer: uno, bueno; otro, malo. Leer —en su sentido verdadero y auténtico— «es consultar con los muertos». Y esta consulta es buena porque afecta al ser, a lo real, no a lo que pasa, sino a los que nos pasa. Esa consulta es «eficaz» porque, paradójicamente, es inútil e improductiva en el plano de la



actualidad ¿económica? Y es que nada como un clásico —ajeno a lo actual pasajero— para despertar las verdaderas dimensiones de la realidad subjetiva.

En cambio, leer —en su sentido falso y malo— es el modo de leer que caracteriza al lector de hoy. Yo, tú, él, nosotros, vosotros y ellos. Todos somos falsos lectores. Porque nuestro modo de leer buscando algo, sea un dato, una evasión, un entretenimiento, «equivale a no leer en absoluto. Lo que se lee se consume en su pura actualidad (...) Hoy día el libro se ha convertido en una herramienta eficaz para sacar mayor rendimiento del presente, es decir, para aumentar la eficacia de la aniquilación». ³ Leemos para aniquilar lo mejor de nosotros mismos. ¡Mira que somos masoquistas! Azúa sostiene que la auténtica lectura

tendría que ser «un antídoto de la eficacia, como destructor de actualidades».

En definitiva, nadie —ni Azúa siquiera; Lledó, no sabemos; Sánchez Ferlosio, quizá— lee para sumergirse en esa ineficacia. Nadie lee para hacer submarinismo metafísico en las cavernas del ser, ese buen tipo que todos llevamos endosado en los intersticios del bazo. Y es que estamos tan obsesionados por sacar rentabilidad a lo que leemos, que no sabemos leer. La verdad es que ese apeti-



toso modelo de lector, que reivindica Azúa, más que infrecuente, es inexistente. Hoy, al lobatonillo de Diógenes lo que le resultaría difícil de encontrar no sería un hombre, sino un lector de verdad verdadero.

Este modo de razonar, además de paradójico, es curioso. Por un lado, se constata que el trato con los muertos ilustres es algo ineficaz e improductivo en el nivel de lo actual. Y, sin embargo, en el plano metafísico, la lectura de un clásico es de una eficacia sorprendente, mucho más que el psicoanálisis. Azúa dice que «nuestra vida es demasiado corta para que podamos acumular experiencia, y ello nos obliga a recurrir al auxilio de los muertos, si es que queremos entender algo».⁴ Bueno, cada cual tiene la experiencia que se ha ganado y en cuanto a lo de entender algo, ¿entender qué? ¿Que nos vamos a morir? ¿Que salimos de casa y a ella regresaremos? To-



do esto es pura exageración piadosa. En su propio tiempo, el bueno de Marco Aurelio ya decía: «El que ve lo de ahora ha visto todo cuanto hubo desde la eternidad y cuanto habrá hasta el infinito, pues todo tiene igual origen y aspecto».⁵

Azúa explica la inapetencia lectora actual de la gente, porque está agusanada por la eficacia. En todo lo que emprende busca rentabilidad, incluso leyendo a Pérez Reverte. En cambio, ¿qué puede obtenerse de modo inmediato leyendo a Plutarco? Nada. Es verdad. Por eso esta lectura inútil, ineficaz e improductiva es la única, grande y libre; porque afecta directamente al cogollo del ser real y a la sensibilidad metafísica de su miocardio. Leer a los clásicos es una actividad que nada tiene que ver con la guarrindonga actualidad, de ahí la carga ética que conlleva su trato. ¿Sí? ¿No? A mi me parece que no, pero, de momento, dejó mis cartas argumentativas sin descubrir. Solo recordaré que hay muchos que se creen a sí mismos seres independientes y emancipados por haberse leído a Hegel, cuando lo único que han hecho es atarse los cordones de los zapatos.

Pienso que las relaciones entre realidad y actualidad son mucho más complicadas que lo que se insinúa en estos modos de leer. Por experiencia sabemos que en lo eficaz siempre se cuela la ineficacia y ésta en aquella. Nada es químicamente puro. Lo real atraviesa lo actual y lo actual lo real. El sujeto no funciona por compartimentos estancos. Si, por otro lado, el intelectual que corteja a los clásicos y escribe en periódicos es capaz

de distinguir nítidamente entre actualidad (algo nefado, negativo) y realidad (lo íntimo, lo verdadero), ¿por qué no puede hacer la misma gimnasia higiénica el hombre de la calle, lea o no lea a los clásicos ni a Sánchez Ferlosio? Ser consciente de la existencia de estos modos de leer —coexistentes en toda persona—, ¿nos ahorrará sufrir la influencia destructora de la lectura eficaz y productiva? Y otra cosa. Si leo a Montaigne para escribir un artículo periodístico sobre este ensayista, ¿cómo tendré que calificar esta lectura, de eficaz o ineficaz, de productiva o de realmente improductiva?

Por lo que leo, observo que, con respecto a los clásicos hay demasiadas genuflexiones y demasiada hipocresía. Yo no sé si se leen mucho o poco. Tampoco sé, si uno lee a Diderot o a Chamfort para cultivar su alcachofa interior o se hace con pretensiones de escribir, *a posteriori*, un ensayo con el que ganar unos actualísimos réditos. Pero se lean o no, no me atrevería a sacar conclusiones maniqueas y absolutas de dicho acto. Así como no me creo la explicación rocambolesca de Antonio Gala que veía en



la inapetencia lectora la causa de la corrupción política y de los nacionalismos (*El Mundo*, 23 de abril de 1995), tampoco me trago el apetecible como falso

chupito de que si leyeramos a los clásicos seríamos todos mucho más sensatos y racionales.

Existe una indeclinable tendencia a presentar a los clásicos como unos dechados de virtud y de que todo lo hicieron mucho mejor que los hodiernos: pensaron con mayor clarividencia. Imaginaron con más fantasía. Describieron mejor los horrores y los placeres de la

¿Lo fue? Lo único que sabemos es que las ocas siempre tuvieron pico.

Ante estas soflamas, no estaría de más reflexionar sobre este fragmento de la escritora y ensayista Ingebor Bachmann: «No se nos ocurrirá aferrarnos al mundo de las ideas de los clásicos o al de otra época, porque ya no puede dar la medida para nosotros: nuestra realidad, nuestras luchas se han hecho otras. Por muy radiantes que nos lleguen pensamientos aislados de tiempos anteriores, si los llamamos a dar testimonio, lo hacemos para apoyar nuestros pensamientos de hoy. Tampoco se nos ha de ocurrir considerar todo como realizado porque hace cuarenta o cincuenta años aparecieron unos cuantos grandes espíritus. No sirve para nada seguir encomendándoles el pensar como si fueran nuestras estrellas fijas. No sirve para nada apoyarse en lo digno de admiración que se ha creado en estas últimas décadas. De ellas se ha de aprender sólo que no vayamos a parar la misma disputa peligrosa (...) El efecto de cambio que surge de obras nuevas nos educa para una nueva percepción, un nuevo sentir, una nueva conciencia».⁶

¿Leer es como charlar con el autor?

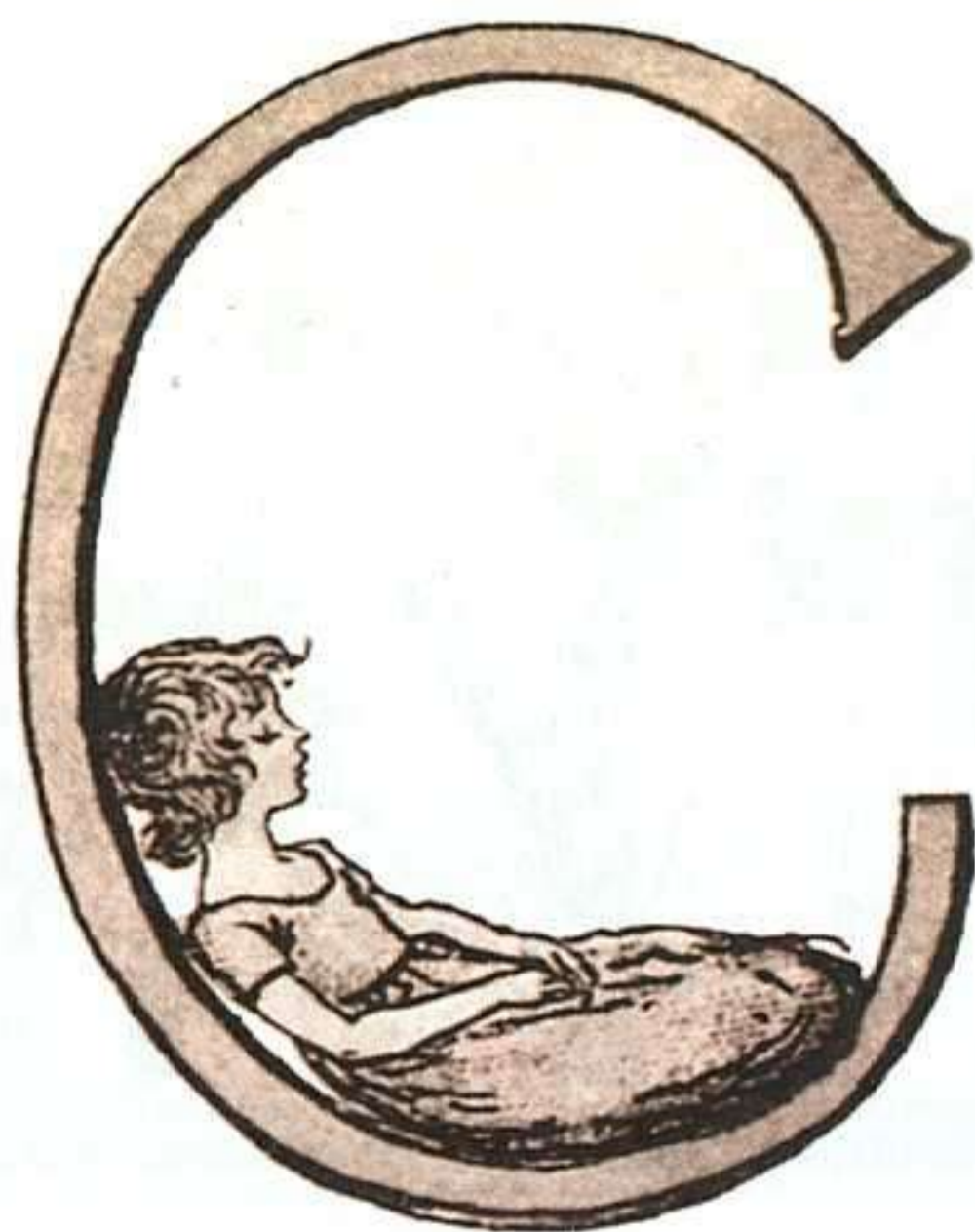
He aquí una de las fórmulas clásicas que ha gozado de cierta perennidad honorable: «La lectura de todos los buenos libros es como una conversación con los

existencia que cualquiera de los que hoy emborronan el papel de ciertos libros. ¿Qué quieren que les diga? A mi me parece lamentable la utilización de los clásicos para poner a horcajadas de asno a los escritores de hoy. El amor loco por los clásicos puede jugarte malas pasadas conceptuales. Recuerdo la que le sucedió a un escritor de izquierdas, el cual no tuvo empacho alguno en elevar la existencia de los clásicos a la categoría de un cabaret (supongo que montado por empresarios de derechas). «Leer a un clásico —escribía— rejuvenece e instruye, alivia y excita, entretiene y libera». Curioso dictamen en escritores que alardean de izquierdismo político. Porque eso mismo suele afirmar el pensamiento reaccionario militante: el pasado siempre fue mucho mejor que el presente.



hombres más ilustres de otros siglos que fueron sus autores». Desde Descartes —de él es la frase entrecomillada— no ha habido cogito ambulante que la haya gurguritado alguna vez. Algunas personas llevan tan lejos la comparación que sostendrán que este tipo de conversación lectora es mucho más interesante que todas las conversaciones que podamos mantener con nuestros semejantes, en especial si son familiares. Pues, entre leer un libro y conversar con un pariente, no hay color, sobre todo, cuando se comprueba que no hay cosa más aburrida que una conversación entre parientes.

Ahora bien, seamos precisos. En la lectura nadie conversa con nadie. No es posible semejante milagro. Iría contra las más elementales leyes de la física. Para que exista dicha conversación se necesitan, como mínimo, dos tertulianos. Y en la lectura, que se sepa, solamente hay uno. El lector. El lector es el único espécimen que puede platicar, paliquear y prorrumpir en sollozos, en pensamientos o en flatulencias de todo tipo. Y, con toda seguridad, ninguno de esos efluvios verbales, caso de que se den, sufrirán contrarréplica alguna. Diga lo que diga, eso será lo exacto, lo pertinente y lo verdadero. Nadie se atreverá, ni siquiera el autor, a discutirle una coma ni un fonema. Es completamente falsa y ridícula la imagen de presentar la lectura como «esa suerte de conversación clandestina, en la que el lector y autor, ambos





a la misma altura, se intercambian sus impresiones, se alimentan mutuamente o se contradicen a solas». Esta descripción es puro camelo. Si algo no se conviene a la retórica del libro es, precisamente, asociarlo con una conversación, más o menos callada y susurrante.

La diferencia esencial entre el libro y los amigos no consiste en que aquel contenga la sabiduría de todos los clásicos reunidos y el amigo sea el más ignorante de los hombres. No. La diferencia está en el cómo se establece la comunicación o la conversación en uno y otro caso.

En la lectura estamos a merced de lo que se diga el libro. Pendientes de sus pensamientos, de sus imágenes, de su lenguaje, de su belleza, de la lectura o de la crueldad que emanan de una escena, de un personaje, de una idea o de una metáfora. Ahí enfocamos toda nuestra mirada y nuestro sentimiento. Nadie nos puede interrumpir, ni nadie nos podrá echar en cara absolutamente nada. Porque estamos más solos que la luna. En esta situación sólo es posible el monólogo. Y no se piense mal, porque, como apunta sabiamente Renard, «la certeza de no estar solo consuela también en un cementerio».⁷

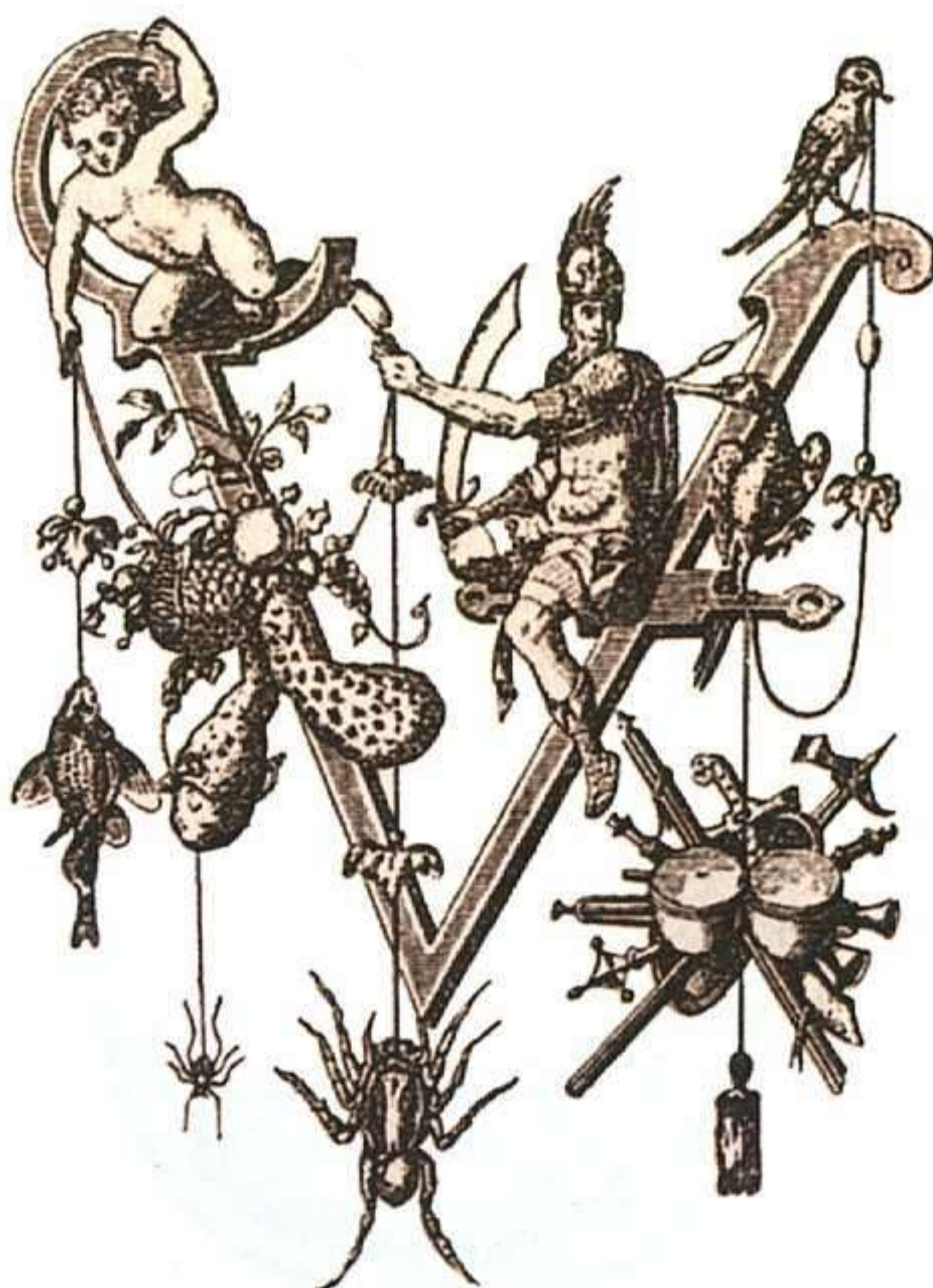
En la conversación, en cambio, lo que sucede de verdad es que no paramos de charrar, de despistarnos, de irnos a los cerros de Babia, de volver a la luna de Valencia y de no enterarnos lo más mínimo de lo que nos decía nuestro amigo porque no le escuchábamos. Y si le es-

cuchábamos, y no nos gustaba lo que decía, cortarle de cuajo y dejarle a dos velas de Ravel con la palabra en la boca. Dejamos de escucharlo, para, simplemente, oírlo. Pues, como apunta Bierce, la conversación es, con frecuencia, pero no siempre, «esa feria donde se exhibe la mercancía mental menuda, y donde cada exhibidor está demasiado preocupado en arreglar sus propios artículos como para observar los del vecino».⁸

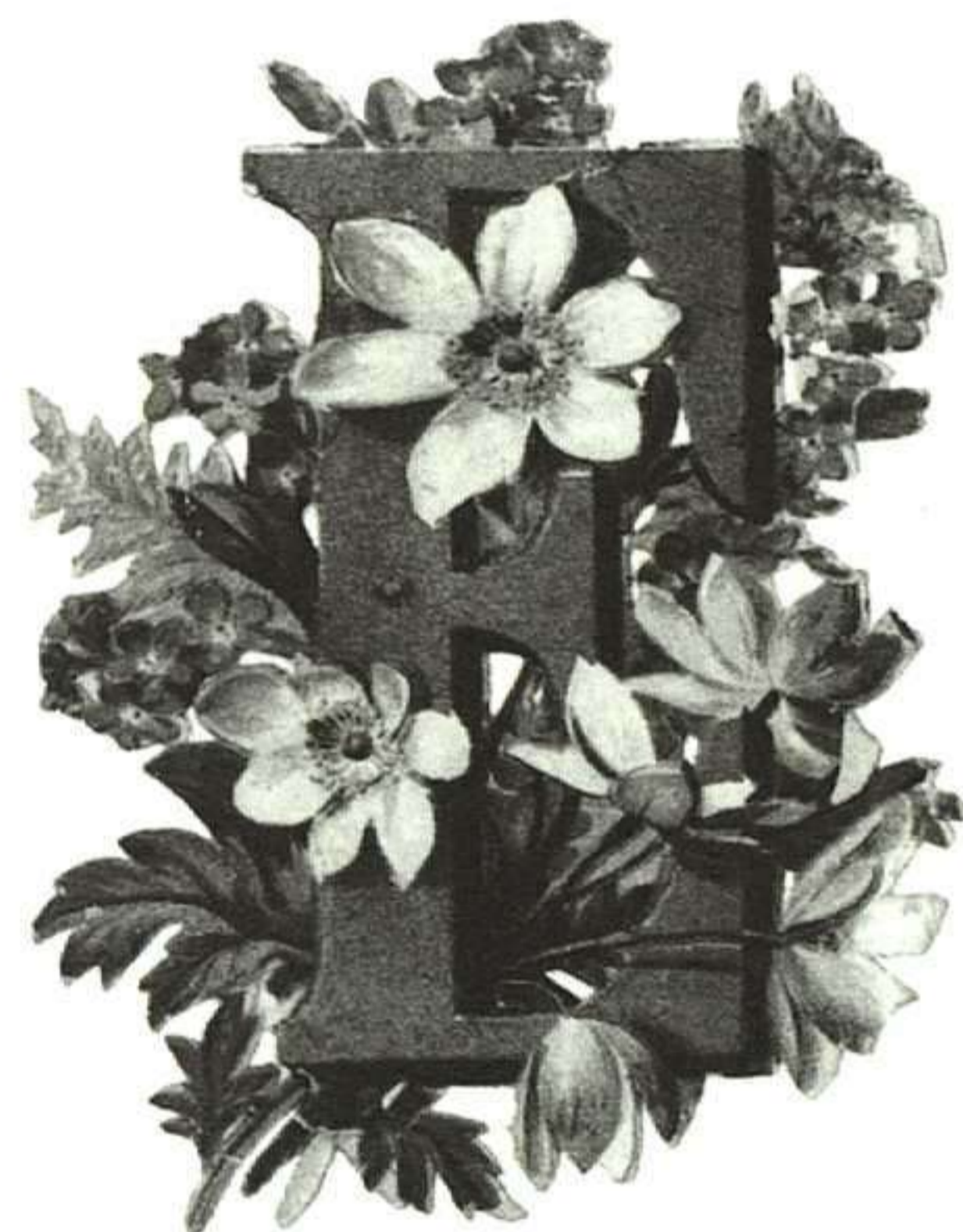
Proust y la metáfora en cuestión

Seguramente es Marcel Proust quien con mayor contundencia ha rechazado esta metáfora. Para Proust, la virtud de la lectura está situada justamente en el lado opuesto de la conversación: en el aislamiento y el ensimismamiento del lector. Definirá la lectura como «ese milagro fecundo de una comunicación en el seno de la soledad».⁹

Proust enfatiza la dimensión solitaria y silenciosa de la lectura. Se lee, sugiere, para defender la soledad, la separación de los otros, esa región oscura, misteriosa y apartada donde la inspiración se hace posible y donde la mente traba-



ja sólo sobre sí misma; ese espacio silencioso donde uno no está expuesto, sino recogido, donde no hay que responder a los otros, donde no hay disipación sino concentración espiritual (cuando la



hay, claro, y se está leyendo, es de suponer, a un clásico).

Para Proust, los amigos —con quienes normalmente conversamos; con los enemigos discutimos— están muy bien para emborracharse e ir al burdel, pero de ningún modo sustituirán a los libros. La experiencia le enseña que conversar es sinónimo de dispersión de las facultades mentales; por el contrario, «el maravilloso milagro de la lectura» las activa, por tratarse de una comunicación en absoluta soledad.

Más aún. Afirma que cuando se lee podemos sentir la presencia de las ideas de otras personas (?), pero estamos solos. Nada, ni nadie podrá importunarnos la efervescencia interior. Desarrollamos nuestro yo con una mayor sensación de verdad que si estuviéramos pensando por nosotros mismos. Lo insinúa Proust y es una idea que, con toda seguridad, Schopenhauer¹⁰ no admitiría, pero ahora estamos hablando de Proust.

La conversación nos llega mediante voces, sonidos, gritos, gestos y muecas

de todo tipo. Por ello, el encuentro espiritual se ve amortiguado. El pensamiento, al convertirse en pensamiento hablado, se deforma. En la conversación si no hay confianza, hasta el genio más genuino puede fracasar estrepitosamente



en su deseo de reflexionar. El «estado espiritual» —al que tantas veces hace referencia Proust— solamente puede conseguir en una atmosfera ajena a las vibraciones humanas.

La verdadera vida espiritual es siempre solitaria. Pessoa abunda en lo mismo cuando sostiene: «No hago visitas, ni estoy metido en ninguna sociedad -ni de salones, ni de cafés. Hacerlo significaría sacrificar mi unidad interior, entregarme a conversaciones inútiles, robar tiempo si no a mis raciocinios y a mis proyectos, por lo menos si a mis sueños, que son siempre mucho más hermosos que la conversación ajena».¹¹

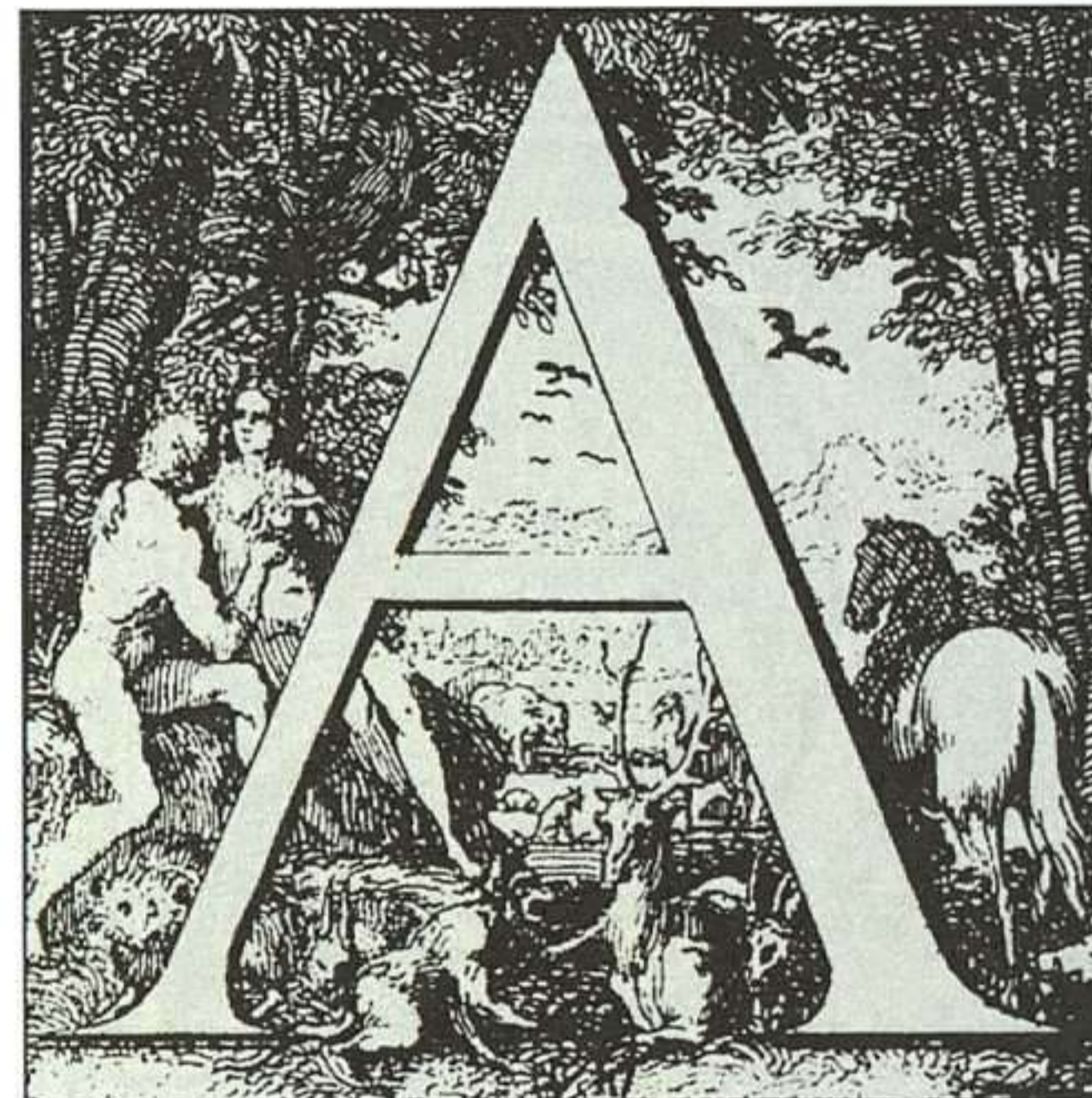
¿Qué decir a todo esto? ¿Suena a misticación? Bueno. Es posible que haya escritores que tengan esa fuerza irresistible y abandonen el bullicio exterior para entregarse golosamente a su tarea. Pero, también los hay, quizá muchos más, como aquel escritor, del que decía el cáustico Samuel Johnson: «Sabiamente se alejó del bullicio de la vida lo justo como para ser capaz de encontrar el camino de vuelta con facilidad, no fuera que al cabo de la soledad se le antojara tediosa».¹²

Proust lleva tan lejos la incompatibilidad física y conceptual entre leer y conversar, que no se inmuta lo más mínimo en airear un soberbio prejuicio: definir

como escritores inferiores a aquellos que descollaban en la conversación. Baudelaire también participaba de este lugar común. En una ocasión, habiendo elogiado la calidad de conversador y de conferenciante de Poe, advirtió acto seguido: «No era como se dice un buen hablador, que es una cosa terrible». Algo en lo que el propio Poe¹³ no estaría muy conforme.

De acuerdo con Proust, el lector sería el que suspende la conversación y se retira al silencio y a la soledad, al interior, al lugar donde se está en disposición de recibir porque no se tiene, porque no se sabe, porque no se espera. Por eso, para devolver la salud al espíritu, «lo que hace falta por tanto es una intervención que, proviniendo de otro, se produzca en cambio en nuestro interior; un estímulo desde luego de otra mente, pero recibido en perfecta soledad. Y ya hemos visto que ésta era precisamente la definición de la lectura, y que sólo a la lectura se ajustaba».¹⁴

Curiosamente, la idea de «conversar con los textos» tiene en Proust un carácter peyorativo. Según él, lo hacen quienes tienen con los libros una relación de «insania lectora». Y son insanos lectores quienes pretenden apropiarse de algo que está en los textos: el feticista se apodera de sus elementos exteriores; el pedante sus elementos anecdóticos y el dogmático se apropia de su verdad. Conversar con los textos es una relación que no produce nada, pues, el lector adquiere



re algo, que había en el texto, de una forma puramente exterior.

Por mi parte, no comparto esta interpretación tan sesgada e ignoro por qué ciertos escritores e intelectuales se empeñan en que el resto de los mortales hagan lo que ellos demuestran no hacer nunca: leer sin prejuicios. O leer como depredadores, urracas —como reconoce, menos mal, el escritor Tournier— o coleccionistas de ocurrencias ajenas. Es una actitud un tanto inaudita, ya que si algo se sabe de verdad es que no hay bicho viviente, sea lector o no, que no lleve a sus espaldas enquistada una joroba estupenda de prejuicios. Y si no tiene prejuicios, es porque tampoco tiene ideas, que es posiblemente lo mejor que le pueda suceder al ser humano, como contaba E. Kästner en su novela Fabian, o R. Walser en Jakob von Gunten.

Por otro lado —¿cuál era el otro?—, existen optimistas que aseguran la conveniencia de la lectura para poner en cuestión los propios prejuicios. Mentira gorda. ¿Quién lee con esa intención? ¿Quién lee para confrontar la salud envidiable de sus prejuicios con la imposura de los prejuicios de los demás? Puede que convirtamos la lectura en una divertida confrontación de prejuicios, pero de ahí a aceptar que las prevenciones de los demás sean mejores que las propias, va un abismo. ¿Quién está dispuesto a cambiar sus prejuicios por los prejuicios de los demás? Bueno, es cierto. Admito que, algunas veces, somos



espléndidos y leemos para aquilatar cómo los prejuicios de los demás valen un pimiento, que hasta ahí llega nuestra generosidad intelectual.

Ya sabemos cómo ocurre dicho milagro, de ahí que yo lo diga sin rubor alguno: los libros que más me gustan son aquellos que dicen muy bien lo que yo pienso, pero no sé expresar. No dudo de que ante la lectura el ser humano sea capaz de abrirse a mundos de fantasía jamás soñados por él, pero, en lo tocante a cuestiones existenciales e ideológicas, de las que uno se siente amo y señor feudal, sostengo que es más cerrado que una ostra de las Molucas. ¿Por qué?

Escuchar y leer

Entre escuchar y leer, Italo Calvino opta, como Proust, por lo segundo, porque dice que «escuchar a alguien que lee en voz alta es muy distinto de leer en silencio. Cuando lees, puedes pararte o saltarte frases; el ritmo eres tú quien lo decides. Cuando lee otro es difícil hacer coincidir tu atención con el ritmo de su lectura: la voz va o demasiado rápida o demasiado despacio».¹⁵

Escuchar nos pone en relación con los otros; desplaza nuestro punto de vista hacia los demás. Escuchar es más social que leer, que sigue perteneciendo al reducto de lo individual. Si uno lee, si uno sigue sus propios ritmos, se despista me-

nos. Y si lo hace, puede volver sobre sus pasos, cosa que no sucede en el acto de escuchar. Este requiere más atención y, por lo tanto, más tensión. Te obliga a salir de tí mismo y a conocer otros ritmos, distintos de los propios.

Puede que los sentimientos, incluso los pensamientos, del lector y del oyente se parezcan o sean idénticos. Puede, acaso, que necesariamente haya que nombrarlos con los mismos términos, con las mismas metáforas. Sin embargo, poco o casi nada, tiene en común: quien escucha se sumerge en un trance, se encadena al flujo oral del narrador. El lector, en cambio, puede examinar detenidamente, volver atrás, reparar en detalles, comparar, aventurar hipótesis, objeciones varias. Ya se sabe que la deconstrucción se inventó en Yale, pero se venía practicando desde el parvulario.

Hay personas que no quieren que les lean nunca, pero les encanta leer a los demás lo que ellos escriben. Son sordos a la tonalidad de los otros. Escuchar resulta siempre mucho más complicado que leer para uno mismo. Siempre lo ha sido. Oír es fácil, porque es involuntario. No exige decisión alguna de la voluntad. Basta con poner la oreja. Escuchar es resultado de una educación cívica. Es raro que quien no tiene en cuenta a los otros, escuche. Y, menos aún, si no nos gusta ni lo que dice, ni cómo lo dice.



Por eso, leer en voz alta en el aula es una tarea necesaria y difícil. Necesaria porque nos somete a una disciplina de saber escuchar. Difícil porque nos obliga a mantenernos en tensión, siempre pendientes del ritmo del otro. Escuchar es tener en cuenta al otro. Escuchar cómo leen los demás es un opaco o brillante ejercicio de paciencia y de humildad. La voz de los demás es distinta a la propia. A través de ella intercambiamos más de lo que suponemos y, a veces, menos de lo que sospechamos.

Sobre este aspecto, leer en voz alta, cabría recordar aquello que decía Borges: «Yo creo que si uno está leyendo silenciosamente, y llega a un pasaje elocuente, ese pasaje lo conmueve a uno; y uno tiende a leerlo en voz alta (...) Yo creo que un pasaje bien escrito obliga a la lectura en voz alta».¹⁶ La indicación no es nueva. Ya Hermann Hesse lo había advertido: «Sorprendentemente, el efecto de muchos libros aumenta cuando son leídos en voz alta. Pero eso sólo es válido para poesías, relatos breves, ensayos cortos de forma depurada y obras parecidas. Leyendo bien en voz alta se puede aprender mucho, sobre todo se agudiza el sentido del ritmo de la prosa, base de todo estilo personal».¹⁷

Y llegados hasta aquí, tal vez convenga recordar que, a veces, ni merece la pena leer, ni escuchar, ni conversar, ni siquiera oír a los otros. Porque bastante tenemos con la propia caja de resonancias para soportar los ruidos ajenos, aunque provengan de las voces de los clásicos. Lo cual no es óbice para no echar en saco roto aquel consejo de R.L. Stevenson: «Si lo deseas, puedes leer a Kant tú solo; pero una broma tienes que compartirla con alguien más».¹⁸ En eso estamos. ■

*Víctor Moreno es profesor y escritor.

Notas

1. Francisco de Quevedo, soneto «Desde la torre» en *Poesía original completa*, Barcelona: Planeta, 1981. Edición, introducción y notas de José Manuel Blecau.
2. En *Cuadernos de Pedagogía 216* (julio-agosto, 1993). Monográfico sobre «Leer y escribir».
3. Ídem.
4. Ídem.
5. *Meditaciones*, Madrid: Alianza, 1985, pág. 79.
6. *Problemas de la literatura contemporánea*, «Cuestiones y pseudocuestiones», Madrid: Tec-

Llévate



Y paga SÓLO



Ésta es la forma que tiene Edelvives de celebrar con los niños y las niñas su 10.º aniversario: regalando un libro de Ala Delta por la compra de dos. Para que continúen disfrutando de la colección de Literatura Infantil que les hace sentir toda la pasión, emociones, sensaciones y experiencias que ellos necesitan.

¡Ah...!, y tienes hasta el 30 de junio para recomendársela a tus alumnos. ¡Hazlo por ellos!



COLABORACIONES

nos, 1990, pág. 15. Nietzsche confesaba que «en el fondo son poquitos los libros antiguos que cuentan mi vida; entre ellos no están los más famosos» («Lo que debo a los antiguos», en *Crepúsculo de los ídolos*, Madrid: Alianza, 1973, pág. 38).

7. J. Renard, *Pensar no basta*, Barcelona: Península, 1996, pág. 64.



8. A. Bierce, *Diccionario del diablo*, Madrid: Biblioteca del Dragón, 1996, pág. 41.

9. *Sobre la lectura*, Valencia: Pre-Textos, 1989, p. 37.

10. Véase A. Schopenhauer, *Escritos literarios*, Madrid: Lipari Ediciones, 1995.

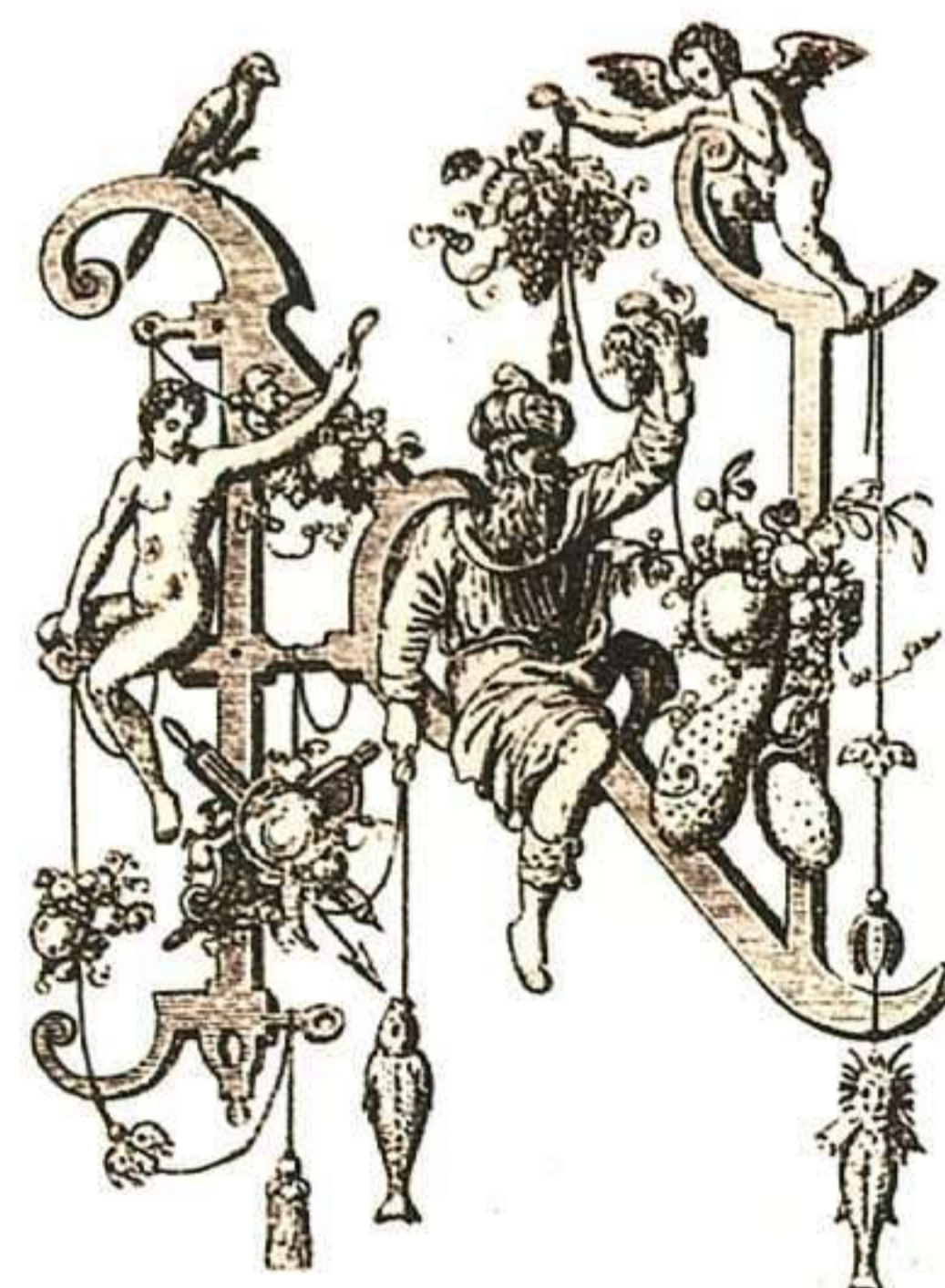
11. Fernando Pessoa, *Máscara y paradojas*, Barcelona: Edhasa, 1996, pág. 88. Edición de Perfecto E. Cuadrado. El pensamiento de Nietzsche sobre este particular es similar: «No nos estimamos ya bastante cuando nos comunicamos. Nuestras vivencias auténticas no son en modo alguno charlatanas (...) En todo hablar hay una pizca de desprecio. El lenguaje parece, ha sido inventado, solo para decir lo ordinario, lo mediano, comunicable. Con el lenguaje se vulgariza ya el que habla. De una moral para sordomudos y otros filósofos» («Incursiones de un intempestivo», en *Crepúsculo de los ídolos*, pág. 103).

12. S. Johnson, *Vidas de los poetas ingleses*, Madrid: Cátedra, 1988, pág. 63. Edición de Bernd Dietz.

13. Véase sus opiniones sobre la conversación en E. A. Poe. *Ensayos y críticas «Marginalia»*, Madrid: Alianza, 1973, págs. 259-260. Traducción e introducción de Julio Cortázar.

14. Proust, *Sobre la lectura*, p. 48.

15. Italo Calvino, *Si una noche de invierno*, Barcelona: Bruguera, 1983.



16. Jorge Luis Borges-Osvaldo Ferrari, *Diálogos*, Barcelona: Seix-Barral, 1992.

17. *Escritos literarios* (tomo 1), Madrid: Alianza Tres, 1983.

18. *Virginibus puerisque y otros ensayos*, Madrid: Alianza, 1994.

**PARA ESTOS NIÑOS
VIVIR ES UNA LOTERÍA.
TANTO, QUE SU SUERTE
TAMBIÉN DEPENDE
DE UN CUPÓN.**



Ruiz Nicolí

Desde
1981

trabajando con el tercer mundo

Las circunstancias en las que les ha tocado vivir a los niños del Tercer Mundo exigen de todos nosotros una respuesta. No les podemos abandonar a su suerte. Ayuda en Acción trabaja en el impulso y la realización de Proyectos de Desarrollo Integral para las comunidades más desfavorecidas. Infórmate. Envíanos el cupón y entre todos podremos llevar la esperanza a quienes más lo necesitan.

Actúa. Apadrina un niño. (91) 559 70 70. (93) 488 33 77.

LLEVAMOS 15 AÑOS TRABAJANDO
PARA CAMBIAR SU SUERTE.

SI, DESEO RECIBIR MÁS INFORMACIÓN SIN COMPROMISO.

Nombre _____

Dirección _____

Localidad _____ Provincia _____

C.P. _____ Tel. _____

28 / Tutor, 27. 28008 Madrid. Tel. 559 70 70.
/ Balmes, 32. 3.º. 08007 Barcelona. Tel. 488 33 77.

Ayuda en Acción

**Ayuda
en
Acción**